

Turismo, diversidad cultural y desarrollo sostenible

El turismo puede ser una fuerza dinamizadora y un vector de diálogo entre los pueblos si se lleva a cabo una gestión eficaz que establezca acuerdos entre el sector público y el privado. La formación y sensibilización de la comunidad de acogida sobre el valor de su patrimonio también es un factor determinante a la hora de asegurar que el turismo sea una fuente de prosperidad y de entendimiento en vez de una amenaza.

El turismo es uno de los principales mecanismos de conocimiento y diálogo intercultural. Se trata de una industria que mantiene una relación muy estrecha con la convivencia de los pueblos, la sostenibilidad y la paz, es decir, los tres ejes del Fórum. Por tanto, no debe extrañar que haya sido la única actividad económica que ha protagonizado uno de los diálogos.

El diálogo «Turismo, diversidad cultural y desarrollo sostenible» se ha estructurado en dos grandes bloques para relacionar el turismo con la diversidad cultural y natural, por una parte, y con el desarrollo sostenible por la otra. El diálogo ha reunido a expertos, científicos, agentes de la sociedad civil, organismos internacionales y miembros tanto del sector privado del turismo como de la administración pública.

Mostrar el propio patrimonio es uno de los anhelos más extendidos de todas las comunidades. Sin embargo, este deseo de abrirse al descubrimiento de otros a menudo choca con el miedo a perder singularidades culturales o ver destruidos los recursos naturales de la zona. En efecto, la masificación del turismo y una mala planificación de la actividad pueden tener consecuencias tan catastróficas como la homogeneización de los modos de vida o la reducción de la biodiversidad. Además, no debemos olvidar que aquello que buscan cada vez más los turistas es vivir experiencias únicas que tan sólo la destinación que escogen les puede ofrecer. Como explicó Pedro Ruiz, profesor de la Universidad de Córdoba, «se está trascendiendo la monumentalización o musealización». O, expresado de otra forma, lo que atrae a los visitantes ya no es tanto lo material como el patrimonio sociocultural de la comunidad de destino.

Precisamente, el **patrimonio cultural intangible** centró gran parte de las intervenciones del diálogo. Diversos ponentes hablaron sobre la relevancia de este tipo de riqueza vinculada con las identidades culturales y que hace referencia a los modos de vida, expresiones, costumbres y creatividad popular de cada nación.

Estamos hablando de un capital de una riqueza creativa fundamental para la industria turística. Es evidente que es necesario revalorizar y proteger este patrimonio intangible teniendo en cuenta su fragilidad extrema. El comportamiento responsable y ético de los turistas es imprescindible para asegurar la preservación de la diversidad cultural, así como la sensibilización de la población local para que sea consciente de esta riqueza y predique con el ejemplo a la hora de hacerla respetar.

En este sentido, Doudou Diène, relator especial de Naciones Unidas, se quejó de que el turismo pone en contacto grupos que acostumbran a ignorarse mutuamente y están separados por grandes desigualdades que condicionan su relación. «Hay un peso excesivo del factor económico sobre el cultural en el turismo», aseguró Diène. Por ello, el representante de la ONU aprovechó la ocasión para pedir que el turismo se convierta en un encuentro real y profundo con una cultura en sus dimensiones ética, estética y espiritual, que vaya «más allá de la máscara de lo visible». En consecuencia, se debe promover un turismo cultural con capacidad para reafirmar la propia cultura y que «puede ser una fuerza dinamizadora», según Eusebio Leal, director de la Oficina del Historiador de la Habana. «Turismo, diversidad cultural y desarrollo sostenible» fue una plataforma para mostrar experiencias de ciudades donde, mediante la creatividad, el turismo se ha utilizado para revitalizar el patrimonio natural y las singularidades culturales. En resumen, el reto es hacer del turismo un vehículo de conservación de la diversidad cultural y natural, y un impulso que lleve a la consolidación de una cultura de la paz.

Como hemos visto, el turismo no sólo puede crear riqueza y ocupación, sino que además puede fomentar la educación y estimular la conservación de la biodiversidad y de patrimonios culturales que son, justamente, los principales reclamos turísticos. Para hacerlo, necesitamos un modelo turístico que concilie la competitividad con la conservación del patrimonio natural y la identidad cultural de las destinaciones. La idea es aprovechar las oportunidades de conocimiento e intercambio que nos ofrece el turismo, minimizando su poder destructor. Ahora bien, para que los efectos de la industria turística sean realmente positivos, es necesario un cambio de mentalidad. Debemos dejar de pensar que cuantos más visitantes recibe una zona más beneficios obtiene. El crecimiento no implica necesariamente desarrollo, por lo que, en vez de preocuparnos para que el aumento del número de turistas sea exponencial, es mucho más racional sopesar aspectos como la reducción de su impacto ambiental, la sensibilización de la comunidad de acogida o cómo hacer que este incremento se traduzca en una mayor ocupación. En conclusión, es más acertado pensar en términos de un **desarrollo sostenible del turismo** que contemple los aspectos económicos, ecológicos y sociales. Aunque el término

sostenibilidad todavía está pendiente de una concreción más rigurosa, «para que la sostenibilidad sea real, debe incluir aspectos económicos y culturales», clarificó Jafar Jafari, presidente del Comité Científico del diálogo.

Ello implica ampliar el término ecoturismo, situando en el centro de las políticas turísticas no sólo el medio ambiente, sino también la cultura, los habitantes locales y el desarrollo económico de la zona. En consecuencia, es necesaria una cultura del turismo sostenible, es decir, viable a largo plazo, en vez de una sociedad que sólo actúa pensando en el beneficio inmediato, ya que, como explicó Jafari, «es la cultura aquello que hace que una cosa sea sostenible o no». Además, la sostenibilidad del turismo debe enmarcarse en políticas más amplias como el transporte o la economía y, al mismo tiempo, tiene que adecuarse a las estrategias de sostenibilidad local y regional. Otras premisas, como la implicación de la comunidad en la promoción de un turismo sostenible y una planificación que incorpore principios de sostenibilidad en la gestión empresarial también son esenciales para conseguir que la segunda industria mundial sea sostenible. Después de todo, «no hay sector tan dependiente de la sostenibilidad como el turístico», según palabras de Andrés Contreras, subdirector general de Cooperación y Coordinación Turística del Ministerio de Industria, Turismo y Comercio.

Si queremos un desarrollo sostenible –en todos los sentidos– del turismo, es primordial que los operadores turísticos y el sector privado en general asuman más responsabilidades y lleguen a acuerdos con los agentes culturales para garantizar la protección del patrimonio intangible y de la biodiversidad. Por su parte, como hemos comentado, la administración debe definir políticas integradas de turismo que se adecuen a las estrategias locales. Igualmente necesario es que los gobiernos extiendan el marco regulador. El capital natural o intangible es insustituible por otras formas de riqueza, pero, no obstante, el turismo debe aplicar políticas de compensación. En última instancia, el turismo es una actividad transversal y, como tal, requiere la concertación de diversos actores y una cooperación global que pueden encabezar organismos internacionales como la OMT. De hecho, según el secretario general de la OMT, Francesco Frangialli, «es el momento de poner en funcionamiento un código mundial de la ética turística». Frangialli se mostró convencido de que este código se traducirá en un turismo respetuoso, sostenible y de calidad.

Viajar es la actividad humana más masiva y constituye una herramienta excepcional para el conocimiento e interacción entre culturas. Como señaló Tomás de Azcárate, director del diálogo, «el turismo puede impulsar la cohesión social y la integración», ejemplo de que el deseo por una convivencia



pacífica de los pueblos fue un eje transversal a lo largo del diálogo. «Turismo, diversidad cultural y desarrollo sostenible» concluyó con el reconocimiento de la diversidad cultural como valor esencial que la industria del turismo no sólo debe apoyar, sino también promover. Debemos esforzarnos en «repensar el turismo» para romper con la dicotomía que nos lo hace ver como fuente de prosperidad pero también como una amenaza, subrayó Isabel Galobardes, directora general de Turismo de la Generalitat. Asimismo, se deben establecer alianzas más firmes entre cultura y turismo ya que la pérdida de los elementos diferenciadores de cada lugar o ciudad eliminaría el motivo que hace que los visitantes tengan ganas de volver.

Se espera que el debate tenga continuidad en el **Foro Mundial del Turismo por la Paz y el Desarrollo Sostenible** que está previsto que se celebre en Brasil. El turismo puede ser una industria con un papel clave en la preservación del medio ambiente y del patrimonio cultural intangible, así como en la creación de vínculos y la promoción de una cultura del respeto y la paz, puesto que, en opinión de Louis d'Amore, presidente del Instituto Internacional para la Paz, «el viaje rompe con el aislamiento y el miedo al otro». En el fondo, sin diversidad el turismo no existiría. La responsabilidad es de todos.